

Biodiversidad

¿Conservar especies o vender entradas?

Para muchos, un paseo tradicional. Para otros, un negocio maquillado de verde. Algunos funcionan como circos y no faltan los que parecen depósitos de animales. Pero los zoológicos son claves para conservar la biodiversidad.

Por Carlos Fernández Balboa

Los zoológicos argentinos son visitados por varios millones de personas al año. Suelen ser uno de los clásicos paseos de fin de semana y, de hecho, muchos lo disfrutan. Otros, en cambio, lo aborrecen. Sobre todo, los que piensan más allá de la recreación. Pero no se trata de estar a favor o en contra, sino de lograr que cumplan con sus objetivos, que no son nuevos. Y para demostrarlo, podemos citar las palabras del fundador del zoológico porteño, quien hace más de un siglo, ya “la tenía clara”. En 1893, Eduardo Ladislao Holmberg escribió:

Un jardín zoológico es una institución científica. Por sus exterioridades puede pasar inadvertido el carácter fundamental de su existencia, para aquellos que acostumbran examinar solamente la superficie de las cosas, pero el observador concienzudo encontrará siempre en los establecimientos de su clase, un vasto campo rico en cuadros de enseñanza, donde la Naturaleza, no por hallarse estrechada en límites artificiales, dejará de hablarle con la voz elocuente de los hechos. Un jardín zoológico no es un lujo, no es ostentación vanidosa y superflua. Es un complemento amable y severo de las leyes nacionales relativas a la instrucción pública.

Un zoológico -al igual que un jardín botánico, un parque nacional u otra institución que conserva el patrimonio común-, comparte los cuatro pilares del accionar de un museo: conservar, investigar, educar y recrear. Sabemos que no todos contemplan estos aspectos. Algunos, por su misión específica. Como las “estaciones de cría”, que tienen como prioridad la reproducción en cautiverio de una o más especies. En otros casos, por falta de claridad. Por ello, la mayor parte de los 200 zoológicos que existen en la Argentina desarrollan sólo algunas de estas funciones. Y, cuando lo hacen con eficiencia, comúnmente se debe más a impulsos o motivaciones personales que a una clara política institucional. Seamos sinceros: conocemos muchos que no cumplen con ninguna función, pese a que se autodenominan “zoológico”. En este caso, debemos llamar a las cosas por su nombre, que será “circo” o “depósito de animales enjaulados”. Sería injusto y erróneo asumir que toda colección de animales silvestres en cautiverio los conserva e investiga, además de recrear y educar a los visitantes.

Pero, en muchas personas, los zoológicos generan rechazo no por incumplir con la tarea para la que debieron ser concebidos, sino por el sentido que los humanos tenemos sobre la

libertad. La preocupación del público, en este sentido, es noble, pero, en su mayor parte, equivocada, porque los animales no tienen el mismo concepto sobre la libertad que nosotros. Científicamente, se ha comprobado que los ejemplares de la fauna silvestre tienen requerimientos básicos que, si se conocen y respetan (como las dimensiones del territorio, el tipo de ambientación, sus hábitos, etc.), vivirán bien.

El conocimiento y respeto de esos requerimientos marcan la diferencia entre un zoológico moderno que actúa como un centro de conservación y lo que se llamaba “casa de fieras” en tiempos victorianos. Pero no nos confundamos: la solución ideal no consiste en lograr una imitación exacta del hábitat natural, sino en adaptar el terreno y la atención del zoológico a las necesidades biológicas del pensionado. Esto exige tanta responsabilidad y conocimiento como la de salvar o educar a una persona. Para eso hay que estar preparado. No alcanza con “querer a los animales”, porque si no tenemos en cuenta esas necesidades, por grande que sea el espacio que le asignemos, tendremos un animal aburrido o enfermo (cuando no, muerto). Y no somos injustos al afirmar que éstos son los estados en que se encuentran muchos de los que vemos cautivos. No se trata de que el animal esté divirtiéndose, sino que esté al servicio de un plan de conservación en beneficio de su especie. ¿Para qué está cautivo, si no? Pensemos que un plan de conservación puede llevarse a cabo de diferentes formas. A veces, a través de su cría intensiva. En otras ocasiones, por medio de planes de educación ambiental, que fortalezcan la conciencia sobre los problemas ambientales. En definitiva, es tan importante reproducir tortugas terrestres para repoblar áreas donde desaparecieron, como explicarle a la gente que no debe comprarlas en las tiendas de mascotas, porque su venta está prohibida y porque se extinguen. En consecuencia, todo esto debe contemplarse al momento de fundar un zoológico, junto con cuatro puntos básicos: las necesidades del animal, las necesidades de la persona que lo cuidará, el público que deseará verlo y los objetivos estéticos del arquitecto, paisajista o dueño del zoológico.

Si nos detenemos en las necesidades básicas de un animal cautivo, tendríamos que apuntar otros cuatro puntos: 1) territorio adecuado, con un área de seguridad, que le permita refugiarse u ocultarse en caso de tensión; 2) pareja (para reproducirse) y/o grupo de compañeros, si se trata de un animal de hábitos sociales; 3) alimentación en cantidad y calidad suficiente; y 4) inmunidad contra el aburrimiento, a través de actividades, materiales de juego o “mobiliario” que enriquezca su ambiente y lo torne apto para todo tipo de ejercicios.

Todo esto es muy lindo, pero la mayoría de nuestros zoológicos no son así. Los buenos son pocos. En parte, porque los zoológicos no suelen ser concebidos como los promovía Holmberg. Pareciera que si se dedicaran a investigar, conservar y educar -con la misma energía con que ofrecen sus servicios recreativos- serían aburridos para sus visitantes y venderían menos entradas. Esto podría insinuar que los visitantes no siempre aprecian el valor de estos objetivos. En parte, por culpa de los propios zoológicos, que suelen promocionarse como meras ofertas para el esparcimiento. El resultado es triste: aunque resulten menos ambulantes y transitorios que los circos, en no pocos casos tienen el mismo nivel de trayectoria científica, educativa y conservacionista.

También tenemos los zoológicos “con cola de paja”, que promocionan sus esfuerzos de conservación de un modo, digamos, exagerado, cuando en realidad sus verdaderos

resultados con la especie “conservada” podrían ser equivalentes a los de un jardinero con una pala en un programa de reforestación nacional. Lo peor no es que la gente dé por ciertos dichos “logros”, sino que los propios funcionarios de los zoológicos se autoconvenzan de los mismos.

La verdad es que, salvo contados casos mundiales –como los zoológicos de Jersey (creado por el naturalista Gerald Durrell) o del Bronx de Nueva York-, pocos son los ejemplos de zoológicos en serio. Más, si nos restringimos a nuestro país. Pensemos, acaso: ¿cuántos han trabajado seriamente en la reproducción y reintroducción de animales a la naturaleza? Hagamos números: ¿cuál es el porcentaje de ejemplares que extraen y cuál es el de los que retornan a sus hábitat? Ni siquiera en los casos más resonantes del mundo –como el de los amenazadísimos Gorilas de Montaña o de los Osos Panda- los zoológicos han sabido equiparar esa ecuación. Por eso, seguramente, sería mejor que se concentraran en exhibir y conservar menos cantidad de especies, pero con más atención. Lo ideal, respetando condiciones ambientales y de interés local, es que esas especies sean autóctonas, y mejor todavía si lo son de su región o provincia.

Dejando los anhelos conservacionistas y científicos, los zoológicos tienen una oportunidad única para desarrollar programas de educación ambiental, complementarios de los que debieran impartirse desde el sistema formal de enseñanza, desde el nivel inicial hasta el universitario. Para esto, sería deseable que esos programas sean acordes con la currícula de enseñanza, al menos, siguiendo los principios de la psicología evolutiva, para desarrollar proyectos “a medida” de cada tipo de público. En otros términos, es necesario planificar el proceso educativo y evaluarlo, pero más allá de los parámetros cuantitativos. Con frecuencia, escuchamos que la medida del éxito se mide sólo así: “guiamos a tantos chicos por año”. Cuando, en realidad, a ello hay que sumarle mediciones cualitativas de logros y objetivos, para expresar con orgullo: “y, además, conseguimos modificar positivamente actitudes y aptitudes”. Lógicamente, esto se logra trabajando duro y no simplificando la función educativa a una oferta de folletos, visitas guiadas o carteles, porque éstos son sólo herramientas; no fines. Posiblemente, esta confusión de valores esté auspiciada por la falta de profesionales de la educación a cargo de estos programas, que comúnmente son desarrollados por estudiantes de biología o veterinaria, que bien pueden ofrecer contenidos, pero no necesariamente sepan transmitirlos.

Los zoológicos deben transmitir claramente todos sus objetivos, para que la sociedad los reconozca como piezas claves para la conservación de nuestro patrimonio natural. Está claro que hoy por hoy esto no sucede. Pero confiamos en que, además, puedan generar cariño y sentido de pertenencia sobre cada “pensionista” que ha sacrificado su vida para que nosotros lo conozcamos y reconfortemos con su presencia. Los guías y pedagogos de verdad saben que las experiencias de los visitantes en un zoológico tienen que ser “significativas”, para que se relacionen con el visitante y su país. Si se limitan a dar información biológica, mejor nos quedamos en casa viendo un documental por televisión.

El Lic. Carlos Galiari, director del Zoológico de La Plata, dice que “los zoológicos son el ámbito ideal para realizar programas de reproducción de especies en peligro. Tienen la infraestructura y los recursos. Pero, ¿están convencidos de que en los albores del siglo XXI los programas de conservación tienen mayor envergadura que la mera exhibición de

animales raros? Por su parte, el Méd.Vet. Sergio Fernández, experto en educación ambiental suele provocar a los estudiantes afirmando que “no existen zoológicos en la Argentina. Sólo hay colecciones de animales”. Puede parecer una aseveración muy crítica, pero nos plantea una inquietud válida y oportuna. Si contrastamos las definiciones y objetivos teóricos con la puesta en práctica en cada zoológico, podremos opinar si tiene razón.

DOS RECUADROS

El zoológico nacional: “Eduardo Ladislao Holmberg”

En 1888, Eduardo Ladislao Holmberg fundó el zoológico que hoy lleva su nombre. Por su valor histórico y arquitectónico fue declarado “Monumento Histórico Nacional”. Pero desde su creación ha sufrido modificaciones importantes tal como lo asegura el Arq. Carlos Libedinsky:

Los zoológicos victorianos europeos fueron reconstruidos. El de Buenos Aires continuó su decadencia. Hubo epizootias y decesos injustificables de animales. Y, durante la intendencia de Cacciatore, el proyecto de lotearlo y venderlo. Luego vino el concesionamiento, curioso episodio en que su anterior director municipal el Dr Juan Enrique Romero, resultó el adjudicatario (Gestión de Gerardo Sofovich). Y aparentemente un aire progresista despertó al Zoo de su letargo. Nuevos animales, nuevos edificios para albergarlos, poco respetuosos de la impresionante carga histórica y patrimonial de nuestro zoológico, lo actualizaron, invadiendo su trazado, reparquizado nada menos que por Carlos Thays. Sus magníficas estatuas se encuentran hoy degradadas por el entorno de publicidades y quioscos comerciales. Muchas han desaparecido. El elegante castillo alemán fue transformado en su interior en selva tropical y la más bella glorieta subsistente en Buenos Aires es hoy un escenario de papagayos amaestrados. Decenas de quinchos como ampliaciones de los edificios existentes o como quioscos comerciales invaden el Zoológico. No obstante, desde el punto de vista patrimonial, el Zoológico edificado es el más importante conjunto edilicio de nuestra metrópoli y debe rescatarse.

A este repaso, debemos sumar la desaparición de la biblioteca “Domingo Faustino Sarmiento”, una de las primeras del país en su materia (ver **Pegando duro**) y una tasa de mortalidad tan grande que fue motivo de duras críticas por parte del antiguo control municipal de la concesión.

En materia de conservación resulta, cuando menos, confuso en sus objetivos. Si consideramos que alberga a unos 2.500 ejemplares de unas 350 especies entre aves, reptiles y mamíferos, son pocos los trabajos avalados científicamente y con objetivos de conservación para cada una de ellas. Aunque, para contrarrestar esa regla general, hay excepciones. Entre ellas, el meritorio “Proyecto Cóndor”, que desde 1991 es liderado por el Lic. Luis Jácome, junto a un grupo de jóvenes investigadores. Otra es el “Proyecto Arca”, que puso foco en la preservación de material genético, con miras a asistir la reproducción de especies en peligro de extinción. Un tercer ejemplo es el innovador “Proyecto Aguará Guazú”. Estos tres casos bien pueden constituirse en modelos de lo que significa el despegue de los zoológicos como instituciones científicas.

Pero toda esta tarea parece no tener coincidencia con una colección de animales ecléctica, con criterios casi victorianos. La reciente adquisición de un leopardo de las nieves, sumada a los tigres blancos y otra serie de animales “atractivos de público”, hace notar que se antepone una necesidad de marketing a un proyecto coherente de conservación. Si bien no es incompatible, el zoológico nacional merecería tener una política definida de conservación, en el que las verdaderas estrellas sean las especies autóctonas de la Argentina.

Vale aclarar que, aunque el zoológico porteño esté administrado por una concesión privada, los animales y los inmuebles siguen siendo propiedad del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, es decir, de los ciudadanos. Con más razón, entonces, creemos necesario fortalecer los controles para fortalecer sus méritos y minimizar sus falencias. Aquí ya hay una tarea pendiente para el próximo Jefe de Gobierno.

El último parque temático

Sin duda, de los últimos emprendimientos zoológicos, Temaikén es el de mayor importancia. Técnicamente es un parque temático. Es decir, una representación escénica que ofrece al visitante la ilusión de estar en diferentes ambientes o situaciones, en base a un guión argumental. Por consiguiente, Temaikén no es necesariamente un zoológico, aunque mantenga animales en cautiverio. Para opinar si es o no un zoológico, volvamos al principio de la nota y repasemos su definición.

Lo cierto es que al ingresar al predio ubicado en Escobar (Provincia de Buenos Aires), parece que hubiésemos viajado al exterior. La prolijidad de los senderos, el aspecto saludable de los animales y el diseño de los recintos manifiestan una inspiración tomada de los modernos zoológicos de Europa y Estados Unidos. Sus grandes atracciones son el acuario con peces autóctonos, un cine de 360°, centros interactivos sobre ecosistemas y un complejo dedicado a la fauna patagónica. Esto se complementa con una colección dispar de especies exóticas, con murciélagos, colobos, lémures, canguros y otra vez... ¡tigres blancos!, de tan poco valor para la conservación de la biodiversidad. Los recintos permiten ver desde un hipopótamo nadando bajo el agua hasta un armadillo en su galería subterránea.

Desde el punto de vista de la recreación y “puesta en escena” resulta superior a todo lo conocido en el país. En lo que atañe a sus objetivos de conservación presenta dudas. No en el mensaje institucional, sino en el terreno práctico. Nos preguntamos, por ejemplo: ¿podemos los argentinos contribuir a la reproducción y conservación de lémures, colobos y canguros?; ¿es ésa nuestra prioridad?; ¿este parque temático comparte los objetivos de un zoológico?

En Temaikén, todo tiene olor a nuevo, pero una institución como Vida Silvestre espera un compromiso “zoológico”, en el sentido que le dio Holmberg. Otra vez, volvemos al principio.

“Vida Silvestre” Nro 86

*Lic Carlos Fernández Balboa
Coordinador Servicio de Educación Ambiental
Fundación Vida Silvestre Argentina.*